

Domingo de Pascua B2024

Cuando Jesús fue arrestado y ejecutado, casi todos sus discípulos huyeron. Incluso Pedro, que fue valiente y siguió la situación a distancia, acabó negándolo. Todos estaban dispersos como ovejas sin pastor, temerosos y desesperados.

Cuando aquella mañana del primer día de la semana María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé fueron al sepulcro, su intención no era ir a saludar a Jesús porque había resucitado. No; iban a ungir el cuerpo de Jesús muerto, según las costumbres de la tradición judía. Fue en ese momento que se sorprendieron.

Para su gran asombro, la tumba estaba vacía; nuestro Señor no estaba allí; él había resucitado. La preocupación que tenían por quitar la piedra de la entrada del sepulcro se volvió inútil porque había sido removida. El ángel que vieron los tranquilizó: "Jesús de Nazaret, el crucificado que buscan, ha resucitado; él no está aquí".

Esa maravillosa noticia de la resurrección de nuestro Señor Jesús es la que celebramos hoy. Más allá de la historia de lo sucedido en aquellas circunstancias de tiempo, lugar y época bajo Poncio Pilato, celebramos, aquí y ahora, el misterio del poder de Dios que da vida nueva. Celebramos lo que el Señor resucitado realiza en medio de nosotros y entre nosotros como comunidad de quienes creen en él, una comunidad llamada a la conversión, reunida en la fe y dotada del Espíritu Santo de santidad. Celebramos que Dios haya tomado posesión de nuestros corazones en su hijo Jesús en lo más profundo al recrearnos como una comunidad rica en compasión, firme en la esperanza y valiente en la búsqueda de la justicia y la paz.

Hoy celebramos el acontecimiento fundacional que da sentido a nuestra fe: "Si Cristo no ha resucitado de entre los muertos, vana es nuestra fe y vana es también nuestra esperanza en la resurrección de los muertos", escribe san Pablo a los Corintios. (1 Cor 15:17). Pascua significa que la vida es más grande que la muerte y Dios es más grande que los seres humanos. La Pascua nos recuerda que nada es imposible para Dios y nunca las puertas de la muerte prevalecerán contra él. Con la resurrección de nuestro Señor, tenemos la seguridad de que el resultado de nuestra vida será diferente; sea que sean los problemas a los que nos enfrentamos ahora.

La resurrección de nuestro Señor nos obliga a mirar de nuevo la realidad de la muerte como fenómeno humano. Seguramente no podemos negar la tristeza que genera la muerte de nuestros seres queridos, la ansiedad que nos provoca y el vacío que deja a nuestro alrededor. Sin embargo, cualquiera que sea su carga y el dolor que trae, la muerte no es una realidad absoluta. Morimos con la esperanza de algo más grande que eso. La muerte es sólo la transformación de nuestras condiciones de vida actuales. No puede impedir que la vida de Dios florezca en nosotros. Como Cristo, cuando morimos, Dios nos da vida nueva.

La resurrección de nuestro Señor nos enseña que la tumba ya no es un lugar donde la muerte está encerrada detrás de una piedra rodada. La piedra de la muerte ha sido quitada para siempre del sepulcro. Cuando celebramos la resurrección de Cristo, anticipamos nuestra victoria sobre la muerte.

Las lecturas de este día nos dan el testimonio de los testigos presenciales de quienes estuvieron con nuestro Señor desde sus humildes comienzos en Galilea hasta su muerte en la cruz y su resurrección. San Pedro dibuja un cuadro de Jesús que fue ungido con el Espíritu Santo y poder, anduvo haciendo el bien por todo el país, sanando a los enfermos y con quien Dios estaba presente.

San Pedro da testimonio igualmente de su muerte como de alguien que estuvo presente cuando sucedió. Afirma también la realidad de su resurrección como alguien que realmente vio la tumba vacía. Confirma que Dios lo resucitó al tercer día y le concedió ser visible, no para todos, sino para unos pocos testigos de los que comieron y bebieron con él.

Hoy ese testimonio nos ha llegado. Lo prolongamos afirmando que Jesucristo ha resucitado. Está vivo, porque Dios no podía permitir que su amado permaneciera indefinidamente en la tumba. Nos encargó predicar en su nombre y testificar que él es el designado por Dios como juez de vivos y muertos.

Hoy san Pablo nos llama a celebrar la fiesta pascual, no con la vieja levadura de la malicia y la maldad, sino con el pan sin levadura de la sinceridad y la verdad. Ésta es también la invitación que Cristo Resucitado nos dirige a cada uno de nosotros. Respondamos a él con fe y amor. Celebremos la Pascua con alegría. Paz para todos ustedes y sus familias mientras se reúnen con nosotros esta mañana para la celebración de la resurrección de nuestro Señor. ¡Viva Cristo!

Hechos 10: 34^a, 37-43; 1 Corintos 5: 6b-8; Marcos 16: 1-7



Fecha de la Homilía: el 31 de Marzo 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240331homilia.pdf